

la falsa ciencia, que es su resultado, engendra falsas acciones; los falsos pensamientos y las falsas acciones descomponen nuestros órganos, cambiando el objeto normal de sus movimientos, y producen, con el desorden, el sufrimiento y la muerte.¹

¿Qué no podría decir el legislador sobre el mismo asunto? ¿Qué base sólida no ofrecería á sus instituciones, si ellas eran conformes al bien? Libre la tierra de las desgracias que emanan de las voluntades pervertidas, no tendría casi qué temer á las potencias de la naturaleza, estos agentes misteriosos y terribles, cuya causa se oculta al ojo de la ciencia, y las que justamente se llaman plagas del cielo, porque el cielo parece haberse reservado su direccion, y haber hecho sus leyes para la humanidad como los suplicios son leyes para la sociedad. Pero estas plagas, segun el conde de Maistre, no son sino una necesidad puramente secundaria, y si la justicia de la tierra queda desarmada cuando no tiene que herir al crimen, la justicia del cielo con mas razon, debería entonces retirar sus rigores.²

“No hay ley ninguna, dice San Pablo, contra los que siguen la senda abierta por Jesucristo.”³

No obstante haber indicado de cuántas desgracias la moral del Evangelio preservaría á los hombres, necesario es decir tambien cuántos bienes les procuraría. Si la doctrina del placer degrada á los hombres y les sugiere un vil egoismo, la doctrina de la abnegacion los eleva y les inspira un noble sacrificio. Despojados del amor desordenado de sí mismos, y haciéndose verdaderamente cristianos, no se imaginarán en su orgullo que todo ha sido criado para ellos y que debe servir para sus goces, sino que se considerarán como destinados á ser útiles á sus semejantes; no estimarán la vida sino por los servicios que ella les permita tributarles;

1 De Lostalot.

2 *Tardes de San Petersburgo.*

3 Epíst. á los gálatas.

consagrarán su tiempo, sus riquezas, sus trabajos, todas sus facultades, todos sus medios al bien general; y como ese emperador de quien la historia hace honorífica mencion, se desconsolarán de haber perdido el dia que no ha sido señalado por algun beneficio. ¿Qué no se debería, pues, esperar en cualquiera lugar del mundo que fuese, de hombres animados de tales sentimientos en sus relaciones con su familia, sus amigos, sus conciudadanos, sus superiores y todos sus semejantes? ¿De qué actos de adhesion, de qué sacrificios generosos no serian capaces para procurar á los otros la paz y la dicha? Sí, podemos repetir con el grande Apóstol, que los frutos del espíritu cristiano son la caridad, la alegría, la paz, la paciencia, la humanidad, la bondad, la indulgencia, la dulzura, la fé, la modestia, la templanza y la castidad.¹

Estos magníficos resultados deben sin duda realizarse en su ideal sobre el conjunto de la humanidad, mas bien que en los individuos; porque mientras haya padres disolutos se verá por consecuencia de las leyes generales que rigen á los seres, hijos que son víctimas de la disolucion; en tanto que el asesino aguce su puñal en las sombras, el hombre virtuoso se verá espuesto á caer bajo de sus golpes: tambien debe decirse, por el otro extremo, que mientras mas el vicio disminuyese, mas raro vendría á ser el crimen, y, por consiguiente, seria menor el número de sus víctimas; y que los saludables efectos del principio de la cruz se aumentarían á medida que este principio predominase mas en las volutades humanas.

Con todo eso, no ha dejado sin remedio los sufrimientos que quedaron á los hombres, en tanto que ellos no se sometían universalmente á su yugo bienhechor. Cuando el sufrimiento no es mas que lo que se ha querido simplemente que fuese, es decir, una sollicitacion del bien, lo ha transformado, lo ha hecho dulce y aun deseable, de horroroso que era por su naturaleza, aumentando y consagrando las admi-

1 Epíst. á los gálatas, cap. 5.

rables virtudes que le son inherentes, para purificar y divinizar las almas. Si el culpable sufre el dolor que soporta con paciencia, adquiere un precio infinito por la expiacion que le justifica borrando su crimen: por el contrario, si es inocente, ademas de que por el maravilloso efecto de la solidaridad humana puede devolver á sus hermanos pecadores en compensacion del mal que sus actos le hicieron sufrir, abundantes misericordias, frutos de su propia expiacion, y al mismo tiempo viene él á ser en cierto modo mas grande que lo que á Dios le era dado hacerlo; conviértese en un héroe de la resignacion, y atrae sobre su cabeza la magnífica corona reservada únicamente á aquellos que en medio de todas las penalidades, y á través de todos los peligros que rodean la vida, han sabido conservarla pura é intachable: él se prepara en fin una rica cosecha de brillantes méritos, y en espera de la inmensa suma de gloria prometida al sufrimiento aceptado generosamente, sobrelleva en paz, y aun con alegría, las pasajeras tribulaciones de nuestra vida mortal.

“Vos encontraréis, dice el conde de Maistre, algunos blasfemos, y aun hombres que por pura irreflexion ó ligereza os digan, que Dios habria podido muy bien dispensar á la virtud de esta especie de gloria. Yo no sé si estoy en un error, reponia el mismo, pero me parece que no habria mayor desgracia que la de un hombre que no hubiese experimentado nunca el infortunio, porque jamas semejante hombre podria estar sobre sí mismo, ni saber lo que él valia. Los sufrimientos son para el hombre virtuoso lo que son los combates para el soldado; ellos le perfeccionan y acumulan sus méritos. ¿Se queja nunca un valiente de ser siempre escogido en el ejército para las empresas mas atrevidas y peligrosas? Al contrario, las desea y forma de ellas su gloria: para él los sufrimientos son una ocupacion y la muerte una aventura. Si el valiente, pues, agradece al general que le envíe al asalto, ¿por qué no agradeceria á Dios que le hiciese sufrir?”

Yo creo, ademas, en mi alma y mi conciencia que el hombre no podria vivir en este mundo exento de toda especie de desgracias; acabaria por embrutecerse hasta el punto de olvidar completamente todas las cosas celestes y aun á Dios mismo.¹”

Despues de todo lo espuesto, entendemos que debe considerarse el sufrimiento como el mayor bien del hombre degenerado, ya sea para encaminarlo al cumplimiento de sus deberes, ya como una purificacion de sus faltas, ó bien para que probándole como el oro en el crisol, le haga brillar entre los justos. Dejemos, pues, de admirarnos de que la sociedad gangrenada por los deleites, se convierta toda en podredumbre: cuando todo el imperio romano resonaba con los himnos de fiesta y de voluptuosidad, y un pueblo degradado iba á buscar horribles placeres en los espectáculos sangrientos y obscenos; cuando los poetas y los filósofos paganos proclamaban que la vida solo era apreciable por sus goces; en tanto que retirado en la isla de Caprea el señor del mundo, Tiberio, se entregaba á sus infames disoluciones mezcladas de espantosas crueldades, Jesucristo, nacido en un establo, criado en la pobreza, y muerto despues de haber sufrido todo género de ultrajes, de humillaciones y de dolores, por la salvacion del mundo, hacia oír esta doctrina tan nueva como sublime: “Bienaventurados aquellos cuyo espíritu está desprendido de las riquezas, porque de ellos es el reino de los cielos.—Bienaventurados los que son mansos y humildes de corazon, porque ellos poseerán la tierra.—Bienaventurados los que lloran, porque ellos serán consolados.—Bienaventurados los que tienen hambre y sed de justicia, porque ellos serán saciados.—Bienaventurados los misericordiosos, porque ellos serán tratados con misericordia.—Bienaventurados los que tengan un corazon puro, porque ellos verán á Dios.—Bienaventurados los que sufren persecucion por la justicia, porque de ellos es el reino de los cie-

1 *Tardes de San Petersburgo*, pág. 114 y 118.

los. Pero desgraciados vosotros los que gozais de las riquezas, porque ya teneis en ellas vuestro consuelo.—Desgraciados los que vivís en medio de la alegría, porque estaréis despues en la afliccion y en las lágrimas—Desgraciados los que estais hartos, porque sufriréis todo el rigor de la hambre.¹”

Tales son las máximas que el Hijo de Dios vino á oponer á la corrupcion de nuestra naturaleza; máximas que infunden temor, y que se rechazan, como el niño aparta de sí la bebida amarga que debe volverle la vida; máximas que el mundo no comprende ni quiere comprender, y que son sin embargo las únicas que pueden salvarlo; máximas que deben ser la sal de la tierra, y hacer que la verdadera felicidad vuelva á establecer en ella su morada; máximas, en fin, que son las únicas capaces de inspirar á los poderosos el deber de proteger y cuidar á los débiles; á los ricos y á los dichosos la abnegacion, la limosna y la piedad; á los pobres y á los desgraciados la resignacion y la esperanza; á los ams la moderacion, á los sirvientes la sumision, á los vengativos el perdon de las injurias, á los lujuriosos la castidad, á los orgullosos la humildad, á los egoistas el sacrificio de la personalidad, y á todos la justicia, la pureza y la caridad.

Sabedlo en buena ocasion todavía, ¡hijos del siglo! en tanto que correis á miserables y muchas veces infames deleites, de los cuales no nacerá nunca ni para vosotros ni para los demas la dicha que buscais; en tanto que por timidez del corazon rehusáreis tomar sobre vuestros hombros la carga del Evangelio, la hora de la regeneracion perfecta del mundo no sonará, y vuestro funesto egoismo perpetuará, manteniendo la causa, la desgracia de nuestra raza infortunada.

Pensad al entregaros á vuestros culpables placeres, que atentais al orden moral, y que este atentado al orden engendrará necesariamente el sufrimiento para vosotros ó para aquellos que os están unidos por los vínculos comunes á

¹ San Mateo, cap. 5; San Lucas, cap. 6.

la especie humana, y que cada uno de vuestros goces desordenados, son otras tantas sentencias de tormento y de muerte.

Y vosotros, legisladores de las naciones, emperadores, reyes y gefes de los pueblos, ¡caed á los piés de vuestro Señor! Vosotros no habeis sabido casi nunca imponer á los hombres sino prescripciones falsas, ó incompletas, sin apoyarlas sobre una base verdadera y sólida. Por lo comun habeis restringido ó laxado sin tino ni inteligencia las trabas á la libertad; y la libertad aguijoneada por el deseo corrompido, impaciente como un fogoso é indomable corcel, unas veces se ha sustraído á vuestra débil mano, otras ha emblanquecido de espuma un freno siempre abominado. Tampoco habeis podido crear nunca una sola voluntad buena, un solo hombre virtuoso. Jesucristo, por el contrario, no ha dicho mas que una palabra: *Resistid á vuestra naturaleza corrompida*; y esta sola palabra, que esplica todo el hombre, revelándole el secreto de su mal y la razon de la violencia que él debe ejercer como remedio contra sí mismo, esta sola palabra, decimos, ha sido mil veces mas poderosa que la multitud de vuestras leyes mal aseguradas. En seguimiento de la cruz veréis lanzarse legiones de apóstoles, de mártires, de vírgenes, de santos, cuyo celo no temerá ningun obstáculo, el valor ningun tormento, la castidad ninguna lucha, el sacrificio ningun peligro.

CAPITULO XIV.

La verdad revelada por la Cruz.

“Cuando por una terrible permission de Dios, ha dicho un célebre escritor, el infierno prepara al género humano pesa-